

Víctimas y victimarios: La perspectiva de género en la ayuda psicológica

**Transcripción* de la charla pronunciada el 22 de noviembre de 2012
en la Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de Barcelona
en el marco de la Semana contra la violencia contra las mujeres**

En esta charla delinearé las diferencias que un abordaje desde el enfoque de género supone entre el trabajo con víctimas por una parte y con perpetradores por la otra.

El aspecto de género en la psicología es un abordaje, un enfoque diferente a lo que se supone que tiene la psicología convencional. En realidad estamos hablando de un cambio de paradigma. Un paradigma es el conjunto de conceptos básicos que determinan nuestra mirada y nuestro procedimiento respecto a un problema. Los paradigmas psicológicos en primer lugar dependen del enfoque que llevan. Enfoque quiere decir utilizar el ojo de manera que algo entre en mi campo de visión. Los enfoques psicológicos son como gafas que usamos para ver ciertos problemas. Hace no mucho cuando alguien iba al óptico para conseguir gafas, le ponían diferentes lentes que se iban añadiendo y cambiando hasta que la persona veía bien las letras y los números en la pared. A lo largo de la historia de la humanidad y del desarrollo de la psicología, se han ido añadiendo diferentes lentes a esas gafas que un psicólogo o cualquier persona en una profesión de ayuda puede ponerse para asegurarse de que verdaderamente va a entrar en su campo de visión todo lo que es importante ver para dar un tratamiento cabal al problema que tiene delante.

Muchas veces se habla en términos de que en la psicología se descubre algo. Yo siempre recalco que en la psicología no se descubre nada, sino –en el mejor de los casos– se hace ver algo que siempre había estado ahí. Al principio la psicología estaba muy conectada a la medicina. Las primeras ideas psicológicas decían que diferentes líquidos corrían por el cuerpo y la calidad de esos líquidos determinaba los estados anímicos. El enfoque psicológico más determinante en tiempos más modernos ha sido el de Sigmund Freud. Él añadió a la visión de los psicólogos las lentes con que se veía el subconsciente o el inconsciente. Esto de hecho fue revolucionario, ya que daba la posibilidad de que cosas que antes se trataban solo medicinalmente, por ejemplo con lobotomía, cortando ciertas partes del cerebro, de repente se podían tratar con conversaciones. Hoy en día necesitamos tratar problemas que no solo afectan a individuos sino a toda una sociedad, como por ejemplo la violencia masculina en las parejas. El enfoque de género es la lente más importante para ello, ya que nos hace ver aspectos que determinan no solo los estados anímicos o psicológicos de la

* Gracias a Tai Brotons Puerta por la transcripción de la grabación.

gente, sino también las relaciones de las personas y su posición en la sociedad.

Las personas que se ponen las gafas de género añaden dos aspectos a su visión. Uno es que el poder importa a las relaciones humanas. El otro es que aparte del sexo biológico de las personas existe algo que se suele relacionar con el sexo biológico pero que no es con lo que nacemos. La famosa frase de Simone de Beauvoir (“no se nace mujer, se hace mujer”) se aplica también a los hombres: “no se nace hombre, se hace hombre”. O sea que los roles de género (por mucho que proteste la RAE, ese es el término que se ha acuñado para diferenciar ese rol aprendido socialmente del sexo biológico) determinan la existencia de las personas y, junto a las relaciones de poder no igualitarias y la discriminación a base del sexo de las personas, crean y perpetúan malestar personal y malestar social.

Al hablar del aspecto de poder, “poder” en el idioma cotidiano suele ser una palabra peyorativa. Es lógico, ya que el poder lo solemos notar cuando es negativo, cuando nos sentimos oprimidos. Sin embargo, lo opuesto al abuso de poder no es la falta de poder sino la igualdad. Una relación de poder positiva es una relación de igualdad, mientras una relación de poder negativa es de subordinación. El cambio de paradigma consiste en que si no se ponen las gafas de género, y no enfocamos el aspecto de poder o la influencia de los roles de género en la existencia humana, entonces de la misma manera que antes de Freud se trataba con lobotomía algo que era a lo mejor un problema del inconsciente o del subconsciente, hacemos daño, ya que vamos a obligar a personas a seguir viviendo en relaciones de poder de subordinación o en roles de género que les aprisionan en lugar de darles oportunidades.

Ahora, cambiar el enfoque y comenzar a observar las relaciones de poder como parte integrante de los procesos psíquicos de las personas conlleva también un cambio de paradigma en cuanto a los procedimientos. Los tres procesos básicos que pueden existir en los seres humanos y entre los seres humanos son los procesos intrapersonales, interpersonales y extrapersonales. “Intra” quiere decir algo que ocurre dentro de mi. “Inter” quiere decir algo que ocurre entre yo y otra persona u otras personas o circunstancias. “Extrapersonal” quiere decir que la causa de mi sufrimiento está fuera tanto de mi persona como de las otras personas con las que me relaciono. Por ejemplo una catástrofe natural puede cambiar la vida e incluso el estado psíquico de un ser humano, y no depende de mi ni de mis relaciones con los otros seres humanos.

Intrapersonal sería todo aquello que puede ocurrirme aunque yo fuera Robinson Crusoe y estuviese viviendo en una isla completamente solo. Hay sentimientos intrapersonales para los que no necesito

personas, como puede ser la alegría: con que haya una bonita puesta de sol y los peces naden en el río, una persona ya puede sentir alegría.

En el momento en que entramos en relaciones humanas, surgen sentimientos que normalmente consideramos que son interiores de la persona pero que en realidad no se producirían viviendo en soledad en una isla. Por ejemplo la vergüenza es un sentimiento de ese tipo: nadie siente vergüenza sin que alguien le haya avergonzado antes.

La historia del psicoanálisis tiene una gran ruptura ampliamente documentada en los análisis feministas de la psicología y también en la obra de algunos autores como Alice Miller o Jeffrey Masson. Freud descubrió que el problema denominado “histeria” y que en aquella época se trataba como un problema intrapersonal de mujeres, en realidad era los residuos psicológicos y conductuales de los abusos sexuales infantiles que estas mujeres habían sufrido en su infancia de parte de hombres que en la mayoría de los casos habían sido sus propios padres o familiares y, además, todos gente perteneciente a las clases pudientes e influenciales de la Viena de los años 1920. Desgraciadamente Freud traicionó a esas mujeres porque no asumía armar un escándalo y desenmascarar a esas personas de quienes su posición de profesor universitario dependía, e inventó una teoría que pone todo dentro de esas mujeres. Ahí tenemos el paradigma de cómo convertir problemas interpersonales en problemas intrapersonales. Los inventos de Freud siguen persiguiéndonos, siguen persiguiendo a miles de personas en las consultas psicológicas donde se habla de la envidia de pene de las mujeres o el complejo de Edipo, o el carácter de las personas prostituidas, en lugar de hablar de estrés postraumático, o sea de problemas psicológicos que surgen de que a alguien le han fastidiado la vida y le han destrozado el psique.

Un efecto devastador de cambiar procesos interpersonales en intrapersonales es que se diluye o se tergiversa el aspecto más importante de las relaciones interpersonales que pueden hacer daño a otra persona, que es la cuestión de la responsabilidad. No reconocer que alguien te ha maltratado, te ha abusado sexualmente, te ha obligado a entrar en la prostitución, te ha violentado, ha cometido violencia sexual contra ti y esto tiene efectos primarios y secundarios que van a vivir dentro de ti, equivale a diluir la responsabilidad y culpabilizar las víctimas, un fenómeno que no ocurre solo en las consultas de los psicólogos, sino tiene una repercusión social tremenda. Por esa misma razón me di cuenta muy temprano en mi carrera de que no se puede trabajar con ese enfoque solamente en la consulta sino que tenía que hacerme activista también. Si verdaderamente quiero ayudar a las personas, tengo que contribuir a que las cosas cambien fuera de la consulta, que se erradique la desigualdad que está presente en todos los contextos de la convivencia social y que constituye la

violencia estructural que rodea y sustenta las violencias individuales.

En cuanto a la culpa tengo la impresión de que toda la psicología sufre de un mal casi pandémico, que se puede notar también en un sinfín de libros de autoayuda y que ha transcendido a toda la sociedad. En cuanto un psicólogo oye la palabra “culpa”, inmediatamente se afana en quitarla. Sin embargo, si en mi consulta entra un maltratador o un prostituidor y me cuenta que “voy de prostitutas y la verdad es que no me siento muy bien cuando lo hago pero que le voy a hacer”, con el paradigma tradicional de la psicología yo comienzo a quitarle el sentimiento de culpa porque mi trabajo es que esa persona se sienta mejor, e incluso puedo entrar en justificar su comportamiento. Con el cambio de paradigma que hemos tenido que hacer al enfocar las relaciones de poder y los efectos perniciosos de la desigualdad, no se puede mantener ese acercamiento a la psicología. Tenemos que distinguir entre cuando trabajamos con víctimas a quienes tenemos que empoderar y cuando trabajamos con victimarios, perpetradores, a quienes tenemos que desempoderar. Estoy hablando de toda la gama y grados de malos tratos y de abusos, como por ejemplo lo que Luis Bonino ha denominado los micromachismos que son esos comportamientos masculinos tan entrelazados en la comunicación diaria y cotidiana que ni los notamos, y que si representamos la violencia contra las mujeres en la forma de una pirámide o un iceberg estarían muy debajo del agua en la parte que no se ve. Estos comportamientos suelen entrar en la casilla de “que le vamos a hacer, así son los hombres”, pero que en realidad son tácticas muchas veces muy nefastas para establecer y mantener esas ventajas de poder que los hombres tienen en una cultura determinada por roles de género y con una división de labores y de poderes según esos géneros. Esto lo hemos descubierto los que trabajamos en la consulta por ese enfoque que acabo de delinejar aquí, por los cientos de mujeres que entran en la consulta y cuentan que no saben que les pasa porque tienen todo, tienen casa, tienen trabajo, tienen un marido que la verdad es que está bien por que no les pega, tienen niños, o sea todo lo que se supone que una mujer tiene que tener para sentirse realizada, pero tienen depresiones, ataques de llanto inexplicables, están perdiendo vitalidad etc. Indagando descubrimos que todas esas mujeres tenían algo en común: un hombre en casa que estaba perpetrando estos micromachismos. O sea que en lugar de describir rasgos psicológicos de esas mujeres teníamos que describir esas tácticas de poder que después se han denominado micromachismos.

En resumen, el aspecto de género quiere decir que en el origen de los problemas psicológicos de las personas entran y además con un peso importante las relaciones de poder en las que esa persona vive, y que su lugar en el mundo está determinado por su género, por su rol masculino o femenino, por la socialización que es la educación para ese rol de género y que, de hecho, es uno de los procesos más potentes que definen a las personas. Hay algunos clichés que sobreviven en la

psicología, por ejemplo ese de que todo lo que una persona tiene en su interior viene de la familia y que no es verdad. La familia tiene un rol importante pero la socialización en la escuela en muchos casos tiene mucho más poder sobre las personas y sus procesos psíquicos, cosa que se explica muy fácilmente porque llevamos ya muchas generaciones en las que los niños pasan muchísimo más tiempo en el colegio (y hoy en día hasta el parvulario se llama colegio) que con sus padres.

Con ese enfoque podemos descubrir que no todos los problemas son intrapersonales, ni mucho menos. De hecho la mayoría son interpersonales, o, para decirlo de otra forma, sociales. En el momento en que tenemos en cuenta eso, tenemos que elegir la manera de proceder según si tenemos que empoderar a la persona o si tenemos que desempoderarla. Dicho de otra manera, cuando trabajamos con perpetradores tenemos que cambiar ese paradigma clásico de la psicología de que yo tengo que procurar que la persona que está en mi consulta se sienta mejor, y empeñarnos en que sea el entorno de esa persona que se pueda sentir mejor y no él mismo. Incluso, yo tengo que lograr diligentemente que esa persona tenga sentimiento de culpa por todo lo que hace, como una manera de inducirle a dejar de seguir perpetrando. Para ello distinguimos entre dos tipos de culpa: la culpa narcisista, que es ese sentimiento malo de la persona por no estar a la altura de una situación, y la culpa relacional que es la noción de los efectos negativos que tiene sobre otras personas lo que yo hago.

© Péter Szil 2012

www.szil.info